

arrepentimiento, porque es bienhechor y misericordioso.»

Cinco meses despues de que Ricardo abandonara la Palestina, murió Saladino á la edad de 57 años (4 de Marzo de 1093) sin dejar palacio, jardín ni otra propiedad inmueble. Por todo tesoro no se le hallaron más que cuarenta y siete monedas de plata y una de oro. En el momento de espirar dijo á uno de sus oficiales: *Toma ese vestido, enséñaselo á los creyentes y decláralos que esto es lo único que puede llevar consigo el soberano de Oriente.*

Sus estados fueron repartidos. Afdahl, su primogénito, ocupó á Jerusalem y á Damasco Alziz, el Egipto; el tercero, á Alepo; el cuarto, á Amat; su hermano, Malek-el-Adel, la Mesopotamia. Otros príncipes recibieron algunas ciudades ó alguna provincia; y los generales de Saladino no se resignaron á sufrir nuevos soberanos, sino á condicion de obtener de ellos privilegios y posesiones. Estos diferentes estados de los Ayubitas empezaron á hacerse la guerra unos á otros. Malek-el-Adel, que ya habia sobresalido por su denuedo durante las cruzadas atrayendo las miradas de todos, pensaba en aprovecharse de las disensiones generales. Faltaba fuerza al califa de Bagdad para reprimir aquellas agitaciones, y se contentaba con responder á los que se dirigian á su persona. *Dios pedirá cuenta á vuestros enemigos del mal que os han hecho.* No se mostraban más avisados ni bastante unidos los príncipes de Europa para asir una favorable coyuntura. Sin embargo, hicieron pasar á Palestina algunos hombres y algun dinero, que sirvieron para violar la tregua concluida por Ricardo, sin que de ello resultara nada importante. La sucesion al trono de Jerusalem vino á ser de nuevo una causa de ardientes enemistades entre los latinos. Por último, se dió á Amalrico II de Lusitania, rey de Chipre, quien se casó con Isabel, hija de Amalrico I, de quien Onfredo de Toron, Conrado de Monferrato y Enrique de Champaña, habian recibido sucesivamente aquella corona en dote.

CAPITULO VI

Cuarta y quinta cruzada.

Hallábase desgarrado por las disensiones de los primeros Ayubitas el imperio fundado por

Saladino. Los débiles Seldjucidas eran impotentes para proporcionar descanso á la Persia, y el imperio del Kharism se alzaba amenazante para el Khorasan y para Bagdad; estas divisiones ponian embarazo á toda empresa comun y enérgica contra los cristianos.

Estos, por su parte, no estaban más acordes en Palestina. Hecho Guy de Lusitania rey de Chipre, no pensó ya más en Jerusalem. Bohemundo, soberano de Antioquia y de Trípoli, aspiraba á ensanchar sus posesiones y empleaba contra la Armenia la fuerza y la perfidia; las tres órdenes de los templarios, de los hospitalarios y de los caballeros teutónicos, habian llegado á una rivalidad que les impelia á hacerse la guerra.

A la muerte de Saladino le pareció al papa que el baluarte del islamismo acababa de demorarse. En su consecuencia, predicó la cruzada y tomó la cruz Enrique IV; pero infiel á sus promesas, y más estimulado por la ambicion que por la piedad, dejó partir á los demas cruzados, conducidos por la flor y nata de los príncipes alemanes, y por Margarita, reina de Hungría, que habia consagrado su viudez á Cristo. Sin miramiento á la *tregua de Saladino*, celebrada con Ricardo Corazon de Leon, atacaron los cruzados á los musulmanes (1195), quienes reunieron sus fuerzas en el comun peligro, Malek-Adel, hermano de Saladino; y su brazo derecho, se habia engrandecido en medio de las discordias de los suyos, á quienes aventajaba en denuedo; atacó á Jafa, puesto avanzado de Jerusalem al Oeste, y la dismanteló; pero los musulmanes fueron derrotados en *Sidon* y se les tomaron muchas ciudades con un botín inmenso. Entonces llegaron los nuevos ejércitos de Europa, aunque al paso que el piadoso entusiasmo del pueblo, sólo fijaba sus ojos en Jerusalem, las ciudades maritimas eran el único blanco de los jefes. No faltaba el valor acostumbrado, si bien carecia éste de direccion acertada. Se empezaban con ardor las expediciones, mas no se sabia perseverar hasta el fin en ellas; sobrevenian disputas, y tan pronto volvian los cruzados unos contra otros las armas que habian empuñado contra el comun enemigo, como dejaban sin terminar su empresa para tomar la vuelta de Europa, adonde los llamaban intereses más urgentes. Así fué

que en la época en que surgieron conflictos en Alemania con motivo de la sucesion del imperio, los cruzados de este país renunciaron á la guerra santa, de modo que Amalrico (Amaury) se vió obligado á renovar la tregua con Malek-Adel, y tuvo á dicha conseguirlo.

Pero apenas ascendió al trono pontifical Inocencio III, cuando á pesar de estar ocupadísimo en los deberes de la tiara, pensó en la ciudad santa, y no cesó de persuadir á los pueblos á que la recobraran de los infieles, y al clero á participar de las fatigas y gastos de la empresa. Como si hubiera previsto las objeciones de un siglo, dispuesto á denigrarlo todo, quiso que el empleo de las contribuciones aportadas por el clero de cada país fuera confiado á dos caballeros de las órdenes de Jerusalem, y al obispo diocesano; el excedente de los fondos debia servir para asalarar tropas y para subvenir á las demas necesidades de la guerra santa. El mismo mandó fundir su vagilla de oro y de plata, y mientras duró la cruzada hizo que no se le sirviera más que en vasijas de barro ó de madera.

Su legado, Pedro de Cápua, restableció la paz entre Ricardo, Corazon de Leon, y Felipe Augusto. Habiendo dado el primero un gran torneo, proclamó allí la cruzada; pero tuvo poco séquito este llamamiento, y la renovacion de la guerra entre los dos rivales, apartó á ambas naciones de tomar parte en la empresa. Felipe Augusto, en guerra con el papa á causa de Ingelburga, se sentia poco dispuesto á la cruzada; pero el voto de la cristiandad fué acogido por Fulques, párroco de Neully junto al Marne. Vuelto despues de una juventud borrascosa á la senda de la virtud, se dedicó Fulques á predicar la penitencia. Ignorante, aunque fervoroso, se expresaba con suma viveza, y en el lenguaje popular exponia los sentimientos que animaban á todos, haciendo resonar su elocuencia desde la choza hasta el palacio. A menudo no obtenia atencion sino maldiciendo á los oyentes mas alborotadores; á veces se veia obligado hasta á hacer uso de su bordon de peregrino para reducir al silencio á la muchedumbre; aquellos sobre quienes caia el golpe besaban la sangre que brotaba de sus heridas.

Cierto dia que predicaba en París en la calle Champel delante de la inmensa multitud del

pueblo, se enternecieron los eclesiásticos y los legos de sus palabras de tal modo, que despojándose muchos de ellos de sus vestidos y calzados, le presentaron disciplinas para que aplicara el condigno castigo. Levantando entonces la voz echó en cara á los doctos las vanidades en que perdian el tiempo, á los clérigos y á los prelados escandaloso descuido en el cumplimiento de sus deberes. Tambien predicó la penitencia al rey y á los nobles, á pesar de las amenazas y de los tormentos empleados comunmente respecto de aquellos que proclaman la verdad sin rebozo.

Otra vez como se dispusiera la muchedumbre á quitarle el manto, exclamó: *No está bendito; aguardad á que bendiga el vestido de este hombre.* Inmediatamente hizo sobre sí propio la señal de la cruz, y todos se disputaron á porfia los pedazos de su vestidura.

Inocencio le consideró como el hombre que convenia para renovar el ejemplo de San Bernardo y de Pedro el Ermitaño. En breve tomó la cruz Fulques y anduvo predicando á todos por todas partes; muchos mónjes se le incorporaron para asistirle en su santa mision. Informado de que se debe celebrar un torneo en el palacio de Ecry en Champaña, acude á aquel punto y proclama la cruzada en medio de las fiestas profanas. Tivaldo IV, conde de esta provincia, que recibia el homenaje de dos mil quinientos caballeros; Luis, conde de Chartres y de Blois, y una multitud de barones y de prelados enarbolaron á porfia la cruz roja. No se admitió más que á tropas disciplinadas para tomar parte en esta expedicion; pero Fulques murió antes de verla comenzada.

Entre tanto llegaban de continuo dolorosos lamentos de Palestina, y el papa reprendia á los cristianos por su lentitud é indiferencia. Prohibió por cinco años toda especie de espectáculos, incluso los torneos. Por último, se enviaron embajadores á Venecia para pedir á esta república socorro.

Venecia tenia entonces por dux á Enrique (Eurico ó Arrigo) Dándolo, ardiente defensor de la gloria nacional, que sabia sostener no ménos con las armas que con las negociaciones; el emperador de Oriente le habia ultrajado hasta el punto de dejarle casi ciego; pero ochenta años acumulados sobre su cabeza, en

nada habian disminuido su actividad; hasta se reanimó ante la proposicion de una empresa que podía redundar en honra y provecho de su patria.

Los enviados le pidieron bajeles para trasladar cuatro mil quinientos caballos, veinte mil infantes, y provisiones para nueve meses. Dándolo prometió suministrarlas mediante ochenta y cinco mil marcos de plata (4.250.000 francos); además la república se comprometia á poner en el mar cincuenta galeras, con tal de que se la cedieran la mitad de las conquistas. Aceptan los cruzados estas condiciones, y el dux convoca al pueblo en la iglesia de San Márcos, donde despues de una misa de Espiritu Santo, se levanta para dar lectura de la solicitud y de sus cláusulas estipuladas. Póstranse los emisarios de hinojos, y persuadidos de que sólo los venecianos eran poderosos por mar y los franceses por tierra, tienden hácia el pueblo sus manos suplicantes, y juran sobre sus armas y sobre los Evangelios que las condiciones del convenio serán fielmente ejecutadas. Aplaudió el pueblo estrepitosamente, y se aumentó más el entusiasmo cuando el dux octogenario pone la cruz en el gorro ducal haciendo juramento de vivir y morir con los peregrinos. Entonces, bañados en llanto los barones franceses y los negociantes venecianos, confunden su júbilo en mútuos abrazos.

Si la rivalidad hizo permanecer en la inaccion á Pisa y á Génova, respondieron al llamamiento los lombardos y los piemonteses, y Bonifacio Montferrato fué elegido jefe de esta cruzada, que hacia correr de Francia y de Flandes una porcion de gentes á Italia.

Los franceses hallaron en Venecia los buques completamente aparejados; pero los demas cruzados, con detrimento suyo y de la expedicion, se embarcaron en otros puertos en atencian á que llegó á faltarles dinero para pagar el flete á los venecianos, aunque habian reducido á dinero sus vasos y sus joyas; porque los cruzados lo daban todo á escepcion de sus armas y de sus caballos, llenos de confianza como estaban en la Providencia.

Pero Venecia obraba por cálculo y no por entusiasmo. Como no era posible á los cruzados, á pesar de estos expedientes, reunir la suma necesaria, Dándolo les propuso la remision de

ella, si querian ayudar á la república á recuperar á Zara, que se habia sustraído á la obediencia para entregarse al rey de Hungría. A muchos de ellos se les hacia cargo de conciencia volver contra los cristianos las armas, que habian hecho voto de esgrimir contra los infieles. Opúsose á ello especialmente el papa, en atencion á que el rey de Hungría se hallaba protegido por la tregua de Dios en calidad de cruzado; pero el dux no tuvo en cuenta esta oposicion, con gran escándalo de los septentrionales, habituados á someter sus intereses y sus cálculos á la autoridad del pontífice.

Aparejan, pues, los cruzados, y parten con la mejor flota que nunca habia navegado en el Adriático; toman á Trieste y rompen las cadenas del puerto de Zara; pero allí surgen sangrientas disputas y los cruzados se dan muerte unos á otros. El papa, que habia desaprobado la expedicion, manda restituir el botin, hacer penitencia y reparar el daño. Los venecianos, en lugar de obedecer, demuelen las murallas; los franceses dan sus excusas al pontífice, y prometen reparacion; excomulga Inocencio á los primeros, sin libertarlos de la guerra santa, y concede la absolucion á los segundos; pero manda que sin volver á derecha ni á izquierda, pasen unos y otros á Siria.

La ocasion era, en efecto, propicia. Habiendo sido insuficiente la inundacion del Nilo, el Egipto era presa de una cruel hambre acompañada de todos sus horrores. En el Cairo, se habia quemado en un sólo dia á treinta mujeres que habian comido á sus maridos. En algunos meses, ciento once mil personas habian sido arrebataadas por la peste, consecuencia de la carestia. El rio y el mar próximos estaban llenos de cadáveres, cuyo número pasó de 1.000.000. Despues temblores de tierra en Egipto y Siria derribaron las fortalezas y destruyeron las ciudades, como si Dios hubiese querido entregarlas sin defensa y desiertas á los conquistadores cristianos. Pero éstos no debian llegar.

En Constantinopla, Alejo I Comneno (1118), á quien hemos visto aliado dudoso y enemigo oculto de los primeros cruzados, habia muerto hacia mucho tiempo; y aunque tuvo poco mérito como príncipe, ninguno de sus sucesores llegó á aventajarle. Juan I Comneno, apellidado el Hermoso, no tenía sino muy pocas tropas,

y más ginetes que infantes; como no estaban mucho tiempo sobre las armas, no podian conservar las conquistas que hacian. No fué ménos feliz en la guerra por espacio de veinticuatro años con los petchenegos, los servios, los húngaros en Europa (1143), y contra los Seldjucidas en Asia. Obligó al príncipe de Antioquia á prestarle homenaje, perdonó á Ana Comneno, que aspiraba á hacer ascender al trono á Nicéforo Briena, su marido, y no impuso á nadie la pena de muerte. Disminuyó el fausto de la corte, reformó las costumbres, y meditaba nuevas conquistas cuando fué muerto en la caza (1143).

Manuel I Comneno, su hijo segundo, fué designado por él para sucederle (1143-1180), en lugar de Isaac, el mayor; pero si mostró ideas caballerescas, le faltó prudencia para dirigir las. Hábil en la guerra y tan robusto, que Raimundo de Antioquia no pudo manejar su lanza ni su escudo, fué el único de los Comnenos que, por sus proezas de un valor romancesco, excitó el entusiasmo militar. Sin embargo, no hizo ninguna conquista importante. En la paz, se abandonaba á todos los desórdenes, y los aduladores le convirtieron en tirano. Llevó la guerra á sus estados Roger II de Sicilia (1147), asoló las costas de la Jonia, y tomó á Tebas y Corinto, de donde sacó los hombres más vigorosos, las más hermosas mujeres y los más hábiles obreros. Manuel se mostró guerrero inteligente y valeroso, sobre todo durante el tenaz sitio de Corfú, que, sin embargo, no pudo salvar. Entonces resolvió atacar á los normandos en Italia, arrojándolos de ella. Tomaron, en efecto, sus tropas á Bari y á Brindis, pero una derrota que sufrieron despues, produjo la paz (1155). Tan pronto sospechoso como favorable á los cruzados, secundó á Amalarico, rey de Jerusalem, en su expedicion á Egipto.

Manuel habia tenido de su matrimonio con María, hija de Raimundo, príncipe de Antioquia, á Alejo II, que le sucedió bajo la regencia de su madre; pero ésta puso toda su confianza en el protosebaste Alejo, sobrino de Comneno, con gran escándalo de la corte, cuyo descontento produjo una conspiracion en favor de Andrónico, hijo de Isaac Manuel. Andrónico, de atlética estatura, cenaba con pan y agua; á veces tomaba de una pieza de caza que él mis-

mo hacia cocer. Manuel que habia notado su ambicion, le habia hecho detener prisionero; pero al cabo de doce años de detencion, habiéndolo evadido el cautivo. Despues de multitud de aventuras que trascienden á novela, ganó á Haliez, en el país de los rusos. La admiracion que les inspiró le permitió contraer una alianza entre este pueblo y los griegos, lo que le reconcilió con el emperador; pero á nuevas sospechas, fué confinado á Enoe, en el Ponto. Tres mujeres de la familia real le amaron una despues de otra, le hicieron padre, y participaron de sus desgracias, glorificándose con el título de concubinas de un hombre reducido á andar errante entre los turcos, los árabes, los bárbaros, excomulgado, proscrito y perdonado.

Aunque habia comprometido su fé de no tramar nada contra la familia imperial, cediendo Andrónico á los consejos de la ambicion, publicó una proclama contra el protosebaste; pero la conspiracion fué descubierta y presa la princesa; despues, habiéndose sublevado el pueblo en su favor, se vió obligado Alejo á entrar en un arreglo con ella. Sin embargo, apenas se presentó Andrónico en Calcedonia, cuando el pueblo le proclama regente. Entonces hace sacar los ojos á Alejo, manda dar muerte sin distincion á todos los latinos que se encontraban en Constantinopla (1183), y hace envenenar á María con su esposo, y estrangular á la emperatriz madre. En fin, despues de haber forzado á Alejo á asociarse al imperio, le hizo degollar á su vez, y exclamó pisoteando su cadáver: *Tu padre fué un bribon, tu madre una prostituta, y tú un imbécil*. Le dió el mar por sepultura, y quedó sólo de emperador. Esposo de Inés, hija de Luis VII, continuó dominando por el terror y los asesinatos, dando la muerte á muchas personas, bajo el pretexto de inteligencias con Guillermo II de Sicilia. Este príncipe que en efecto se proponia conquistar el imperio de Oriente (1185), se habia apoderado de Durazzo y de Tesalónica, desde donde caminaba á Constantinopla.

Habia designado el tirano por víctima á un príncipe de gran reputacion llamado Isaac el Angel. Pero dió muerte al sicario enviado para inmolarse, huyó á la iglesia de Santa Sofia, y sublevado el pueblo, le proclamó emperador á pesar suyo. Reducido Andrónico, á apelar á la

fuga (1185), fué preso y entregado otra vez á Isaac. Este le abandonó el furor del populacho, que, despues de haberle atormentado varios dias, puso fin á sus sufrimientos, y le colgó por un pié en l teatro. Tenía entonces setenta y tres años, y en él acabó la dinastía de los Comnenos. Si fuera posible olvidar las atrocidades con que manchó su reinado, sería preciso alabar su carácter afable y liberal, los esfuerzos que hizo para refrenar la rapacidad de los empleados del fisco, y las medidas que tomó para abolir el uso de saquear los barcos que naufragaban.

Isaac, príncipe de costumbres afeminadas, é incapaz de gobernar por sí mismo, dejaba este cuidado á indignos ministros. Tuvo disputas con Federico Barbaroja, y suscitó en contra suya á las repúblicas lombardas. Hacia ciento setenta años que los valaquios y los comanos, á quienes habia vencido Basilio II, eran súbditos del imperio, sin que los emperadores hubieran intentado de ningun modo introducir en medio de aquellas poblaciones leyes y costumbres adecuadas á vencer su índole feroz. Isaac se atrajo su odio cuando con motivo de las fiestas de su matrimonio, les quitó sus bestias, único recurso que tenían para su subsistencia, y por haberse negado á tratarlos como á las demas tropas en punto á sueldos y grados. Rebeláronse, pues, bajo las órdenes de Pedro y de Asan, dieron muerte á los griegos desde las riberas del Danubio, hasta las montañas de la Grecia y de la Macedonia. En breve Joánice ó Juan restauró el reino de los búlgaros, declarándose vasallo de Inocencio III, quien encantado de reunir aquella porcion del imperio al rebaño de los fieles, le confirió el título de rey y el estandarte bendito.

Por último, Isaac fué destronado por Alejo III, su hermano (1195—1204), quien le hizo sacar los ojos y meter en un calabozo con su hijo, llamado tambien Alejo. Habiendo logrado éste escaparse, se refugió cerca de Felipe de Suabia, su cuñado, quien hallándose en guerra con Othon, no pudo darle más que palabras. Despues de haber suplicado vanamente á todos los príncipes que acudieran en su socorro, se dirigió á los cruzados.

Los caballeros, cuya divisa era defender la inocencia, enderezar entuertos, y sostener á los oprimidos, le oyeron favorablemente; resolvie-

ron, pues, atacar á Constantinopla y restablecer á Isaac en el trono. Algunos cruzados opinaban no empuñar las armas en favor de este príncipe, diciendo que los griegos no se quejaban del usurpador, y que siempre se habian mostrado poco propicios los emperadores á los cruzados; otros más hábiles hallaban mejor provecho en batallar contra Constantinopla, más cercana y más rica que la Tierra Santa; para muchos era una obra meritoria acometer á los griegos cismáticos y follones, y con doble motivo, porque una vez dueños de Constantinopla se podia considerar la conquista de Jerusalem como fácil y hacedera. Cuéntase, aunque se ignora si el hecho es cierto, que Malek-Adel mandó vender los bienes del clero cristiano en Egipto, y que empleó el oro de esta venta en proporcionarse parciales en Venecia, prometiendo á la república las mayores ventajas mercantiles, con tal de que no enviara la expedicion á Siria; pero independientemente de esta circunstancia los venecianos se sentian movidos por un extremado deseo de destruir las factorías establecidas en Grecia por los pisanos.

Alejo IV, no ménos afeminado que su antecesor, apremiaba á sus súbditos y descuidaba los negocios. Vendia la justicia á fin de reembolsar las considerables sumas que la usurpacion le habia costado, y mientras que los turcos y los búlgaros destrozaban las fronteras de sus estados, se dejaba gobernar en lo interior por su mujer Eufrosina, de la familia de los Ducas, princesa tan ambiciosa como altanera. El emperador Enrique VI, que meditaba el restablecimiento del antiguo imperio romano habia alegado derechos á la posesion de todas las provincias situadas entre Durazzo y Tesalónica, ofreciendo, no obstante, contentarse como equivalente con cincuenta quintales de oro al año. Incapaz Alejo de resistirle, le hizo consentir en no recibir más que diez y seis é impuso á sus súbditos el *tributo aleman*. Irritado de la oposicion que encontró á su establecimiento, se apoderó de los vasos de las iglesias, y hasta despojó los sepulcros de los emperadores; pero apenas habia reunido el oro y la plata indispensables, supo la muerte de Enrique. Al aproximarse esta nueva borrasca, recurrió al papa, aunque sin comprometerse á cosa alguna en beneficio de la cruzada. El pontifice, que

anteponía á todo la justicia, vedó á los cruzados la expedicion proyectada; dividiéronse los pareceres, y resultaron de aquí incesantes disputas. Por último, prevalecieron los que querian llevar adelante la empresa. Alejo, hijo de Isaac, fué saludado emperador, y su presencia acabó de inflamar los corazones.

Reunióse la escuadra en Corfú, y desde allí se adelantaron los cruzados hácia Constantinopla (1203); treinta mil hombres eran los que iban á conquistar un imperio de muchos millones de habitantes. La vispera de San Juan echaron el ancla delante de la abadía de San Esteban, en la torre de Marina, junto á los costas de Asia y á tres millas de la capital. Allí se desarrolló á sus ojos la hermosura de la Propóntida, con su rica vegetacion, sus frutas sustanciosas, sus dulces uvas, su abundante pesca, sus límpidos arroyos, en medio de toda la pompa que desplegaba el verano en su majestuosa lozanía. Su mirada recorria con encanto aquellas floridas riberas, los jardines, las risueñas campiñas con sus bosquecillos de rosas y laureles, las ciudades y las aldeas que se alzaban á la sombra de los plátanos y de los verduscos cipreses, desde la playa hasta la cumbre de las colinas, donde encajaba aquel magnífico horizonte.

Constantinopla se les presentaba como una reina en medio de tantas bellezas, cubriendo el vasto espacio de siete colinas, en torno de las cuales serpenteaba su recinto de altas murallas flanqueadas por trescientas ochenta y seis torres; iglesias y conventos sin número, se reflejaban en las olas que parecia como si besaran sus piés, á semejanza de esclavos, ó estremecerse en torno de ella como amenazantes defensores. Puerto inmenso de dos mares, diamante cuyo brillo centellea entre el zafiro de las olas y la esmeralda de los campos; tal se ofrecia á los cruzados la mansion más bella que posee el hombre en la tierra; la rival de Roma en dignidad, de Jerusalem por sus venerados santuarios y de Babilonia por su grandeza.

¡Pero cuánto distaba de estar en relacion la condicion moral del país con su natural hermosura! «La ciudad, dice un viajero contemporáneo, está sucia y hiede; gran parte de ella se halla condenada á perpétua noche, porque los ricos cierran las calles con sus casas, no dejando

á los pobres ni á los extranjeros más que inmundicias y tinieblas. Son frecuentes los robos y los asesinatos en aquellas callejuelas, así como todos los demas desmanes que la oscuridad favorece; allí no se conoce la justicia; hay tantos soberanos como opulentos habitantes; tampoco se conoce el miedo ni la vergüenza, porque el crimen no es castigado por las leyes, ni áun descubierto siquiera.»

Si los ciudadanos quedaron atónitos de aquel inesperado ataque, no estaban ménos sorprendidos los cruzados de su propia osadía; pero cuanto más maravillosa era la empresa, más comprendian que sólo se debian fiar en su espada. Habian establecido su campamento en el jardin del palacio, en la ribera asiática, donde Alejo olvidaba los cuidados de su imperio; sus naves, rasando con las murallas de Constantinopla, llegaban á mostrar el jóven pretendiente en cuyo favor esperaban un levantamiento; pero no advirtiendo agitacion alguna entre el pueblo, se aprestaron al ataque. Despues de haber roto las cadenas del puerto, se apoderaron del arrabal de Galata y dieron el asalto. Alejo habia dejado la escuadra en una debilidad extrema por avaricia; tambien la ciudad se defendió muellemente á pesar del fuego griego, y de cuanto pudieron hacer los varangos ó varequos, y los pisanos para repeler al enemigo. En medio del combate, llevado Dándolo por los suyos, hizo que le pusieran en tierra con el estandarte de San Márcos, que tremoló en breve en lo alto de una torre, y no tardaron las llamas en ganar á Constantinopla (17 de Julio de 1203).

Por primera vez se atrevió Alejo á mirar al enemigo cara á cara, y revestido con sus insignias imperiales se metió por medio de los franceses, ménos venturosos en su ataque que los venecianos; pero en breve le faltó el denuedo y huyó á bordo de un buque, abandonándose todo á los vencedores. Entonces maldecian todos á porfia á aquel á quien adulaban el dia antes; y sacado Isaac de su encarcelamiento para ser restablecido en el trono, se puso á lamentarse de sus padecimientos cuando habian ya terminado.

Presentáronsele los enviados de los cruzados, á fin de que ratificara la promesa hecha por su hijo, de aprontar doscientos mil marcos,